

Queridos amigos:

En primer lugar quiero daros las gracias por estar aquí, sobre todo porque algunos habéis venido de muy lejos. En cualquier caso, no estáis aquí por casualidad sino porque sois todos muy especiales para mí y mi familia. No exagero si digo que esto de asistir a un acto cultural un viernes por la tarde, encima a la presentación de un libro, de un libro en papel, y además un libro de poesía, es efectivamente un acto inusual y casi revolucionario. Un acto de amor. Esperamos que de esto no se entere el Gobierno.

Lo bueno de que estéis vosotros aquí es que por un lado tengo a un público más o menos entregado, y además tenemos la ventaja añadida de garantizarnos que no se nos ha colado ningún “jodido” narcisista.

A continuación pasaré la lista de agradecimientos y luego os comentaré algo sobre el qué y el porqué de mi poesía y finalizaremos leyendo algunos poemas.

Empezaré por los ***culpables en primer grado*** de que yo comparezca ante vosotros. Carmen y Guillermo son mi gran y único amor y la consecuencia más sensible del mismo. Alguno me ha llegado a acusar de loco por esto: pues bendita locura. Sin ellos nada tiene ni hubiera tenido sentido. También tú Marta, que has entrado en nuestras vidas como la Campanilla de Peter Pan, iluminándolo todo: no se puede pedir más.

Igualmente quiero hablaros de una persona muy especial para mí, que es mi amigo y cuidador Toni, quien todas las mañanas con los despojos que encuentra de mí, realiza una obra de arte y consigue el milagro de que yo parezca una persona. Tampoco me olvido de mi cuidador colombiano Johnny, que cualquiera diría que tiene un apellido vasco, y de quien me cabe el orgullo de ser el peor alumno de baile que jamás haya tenido.

Ahora seguiré con ***los colaboradores necesarios:***

Pepe Siles es un amigo reencontrado curiosamente 25 años después y a quien tenemos que agradecer la celebración de este evento. Estoy seguro de que a partir de ahora continuará esta amistad interrumpida.

Miguel Ávila es un poeta profundo y auténtico, un amigo fraternal a quien le debo, entre otras muchas cosas, el impagable y sublime prólogo de este libro y para quien reclamo desde ya, el ilustre nombramiento a título permanente de SULTÁN DEL CERRILLO DE MARACENA y de MECENAS OFICIAL DE LA COSTA (¡ancha es Castilla!). Es una pena que no le haya sido posible venir porque ciertamente le echamos de menos: ¡Todos somos contingentes pero tú eres necesario!

Antonio Marín Albalate es un amigo leal y un poeta excepcional a quien algún día se terminará por hacer verdadera justicia, porque parece mentira, Antonio, cómo en ese cuerpo que tienes, cabe tanto ingenio, tanta bondad y generosidad y tantas ganas de luchar por y desde la poesía. Como dice el profesor Francisco Henares, tú eres siempre el que ha tirado y sigue tirando del carro.

Alfonso Lorente ha tenido la habilidad de conjugar una exquisita sensibilidad para la poesía con un soterrado y tierno sentido del humor, por lo que nos hemos reído siempre a borbotones. Con él he tenido el privilegio, entre otras cosas, de hacer realidad el deseo que expresaba el poeta Arthur Rimbaud: “Lo mejor es un sueño muy borracho, en la playa”.

Y de ti, **Antonio Lozano**, qué puedo decir aparte de que eres realmente mi hermano: el filósofo, el amigo y un luchador incansable. En lo poético ha superado al mismísimo Fernando de Herrera, y en vez de dedicarles largos y tediosos poemas a sus mujeres él simplemente se dedica a amarlas. Esto en realidad, no es tan simple y acarrea un trabajazo que a algunos nos parece extenuante. Te quiero.

En cuanto al **homicida**, no lo busquéis más: soy yo. Para que todos me entendáis técnicamente me han dado un “*finiquito en diferido*”, por lo que ahora estoy en lo que Jaime Gil de Biedma calificaba como “*la más innoble de todas las tareas, la de amarse a uno mismo*”. Cuánta razón tenía...

Finalmente, he aquí **el cuerpo del delito**: La estirpe del aire.

Este libro es un grito o más exactamente una colección de gritos que aunque conforman una sola voz poética, esta voz no es, por tanto, única ni mía. He querido dar con ello expresión a muchas personas que he conocido, de carne y hueso, a quienes no les fue posible gritar su verdad. Personas como por ejemplo mi padre, a quien su extrema bondad y profunda fe religiosa no le permitieron expresar más de cuatro monumentales verdades.

Los poetas nos dedicamos siempre a lo mismo y hablamos del tiempo, del amor y de la muerte. Cada uno expresándolo con los testimonios propios de su época. Muchas veces este canto tiende a ser un grito de dignidad frente a los males y a la opresión que sufre en cada siglo el ser humano; y habría que preguntarse por qué necesitamos reflejar el sufrimiento, el daño, la huella menos amable de esos tres grandes temas. Y la respuesta es simple y terrible: porque si no conocemos de primera mano ese sufrimiento si no reconocemos el daño y lo asumimos, si lo olvidamos, no podremos redimirnos nunca, no encontraremos nuestro origen e identidad y no podremos por tanto ser libres ni vivir con honor, esto es, tener palabra (logos).

La historia de la humanidad se escribe en ciclos alternativos de logros científicos y sociales, de épocas donde los ideales del hombre y de un mundo mejor florecen, y épocas donde la plutocracia, es decir el poder, se revuelve contra sí mismo y todo se oscurece. Por eso es tan importante en esas épocas oscuras señalar, como hizo Goya con sus pinturas negras, la infamia y el horror, no como una expresión pesimista de la realidad sino como una huella que debe alumbrar el camino de lo que el hombre, sobre todo, no debe hacer.

Actualmente vivimos una de esas etapas oscuras que a mí me parece mejor llamar “Contrarreforma”. En palabras del profesor Francisco Jarauta, “El tiempo de la crisis de la razón y las contradicciones de la Historia”. La última etapa de luz se cerró cuando la Humanidad levantó el mayor monumento jurídico, que es tanto como decir civilizado, que es la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. Para entonces la última Contrarreforma ya estaba en marcha, y prueba de ello es que al año siguiente en 1949 George Orwell se vio “obligado” a escribir su tremenda y profética novela 1984: como se ha podido comprobar, sus peores pronósticos se han cumplido y aún se han quedado cortos. La sociedad tecnológica y globalizada que vivimos no es el culmen del progreso, sino que es el casino mundial donde el Capitalismo genera de manera constante y compulsiva ingentes cantidades de deseos que han sido confundidos con las necesidades y que nos vemos obligados a satisfacer rápidamente y sin fin. Lo que el filósofo Rafael Argullol ha definido como “el fascismo de la posesión inmediata”.

El hombre así queda despojado de su honor que es su dignidad para convertirse en un mero consumidor. La Libertad es solo para elegir al verdugo y todo es objeto de comercio. El amor individual solo se resalta si produce beneficios y el amor a nivel social simplemente ha sido cercenado. Su expresión social que sería la compasión es un término que ha sido anulado por antieconómico y poco práctico para el sistema.

¿Hasta cuándo seguiremos mirando hacia otra parte? ¿Hasta cuándo seguiremos sin poder distinguir la verdad de la mentira y las voces de los ecos como decía Machado? Porque otro concepto que ha sido interesadamente desviado del trabajo y la reflexión de los filósofos es el de la voluntad, un concepto tan molesto para los mercaderes de la palabra, que ha sido sustituido por la psicología, la “ciencia del comportamiento”, algo más fácil de etiquetar y controlar y por tanto más fácil de manipular. Así que sin voluntad (fuerza), sin honor y sin amor ¿qué es el hombre?

El honor es casi el tema central de la Estirpe del Aire y es que en nuestros días hay que cavar muy hondo para encontrar ese

último resquicio de dignidad que define al ser humano. El honor está reflejado en algún personaje del libro y fundamentalmente en la figura del hidalgo, recordando en parte al hidalgo más famoso e ingenioso: alguien que es libre porque hace y ama voluntariamente y sin freno, alguien que tiene honor porque es pobre (no hay honor en la riqueza; decía sabiamente Antonio Gamoneda: “Mi única ambición es ahora la lluvia y la pobreza”) y porque es en suma feliz al ejercer las tres cualidades, fuerza, honor y amor, y además las ofrece gratis, para gran disgusto de los Departamentos de Marketing: ésta es la blasfemia, es ésta la herejía. Hay que recordar, que don Quijote a quien querían confundir y reconducir a la cordura, nos dice tajantemente: “Yo sé quién soy”. Esto es honor, y también hay que recordar que don Quijote es vencido por una doble mentira: es derrotado por un caballero que no es caballero y por un mundo que no es real porque no es honorable.

La Estirpe del Aire es intencionadamente un poemario áspero, porque no me gusta la poesía complaciente y porque además ese grito es así de crudo. Las distintas escenas y personajes que lo componen hablan sin tapujos porque ya nada tienen que perder.

Aunque creo que no sigo ninguna corriente poética concreta ni sigo a ningún poeta por más que me gusten muchos, sí me siento deudor de algunos que quiero recordar, como Blas de Otero, Gabriel Celaya, Miguel Hernández, Antonio Machado, León Felipe, el citado Antonio Gamoneda y Leopoldo María Panero, quien desde lo alto del Parnaso español nos ha entregado la locura de la libertad destilada en densos tragos de poesía.

¿Y ahora qué se supone que debemos hacer los poetas del siglo XXI? Supongo que lo que nos queda es reventar de una vez por todas la metáfora y tirar abajo, con pedradas de versos puros, el muro gris de la mediocridad.

Muchas gracias.